

9N

9 NORTE

NARRATIVAS QUE BUSCAN VERDAD

**Cuando desaparece un niño,
todo el pueblo aprende a callar.**

OPERACIÓN:
**SANTOS
INOCENTES**

**4^a
EDICIÓN**

ISIDRO F. CARBONERO RODRÍGUEZ

OPERACIÓN:

SANTOS INOCENTES

4.^a edición revisada

Isidro F. Carbonero Rodriguez

© Operación: Santos Inocentes
Autor: Isidro F. Carbonero Rodríguez
D.L. LR 501-2022
ISBN: 978-84-125613-1-9

Publicado por PS09 S.L.
Sello editorial 9Norte

Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra a través de cualquier forma o medio sin el permiso previo y por escrito del autor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual, conforme a los artículos 270 y siguientes del Código Penal.

Esta es una obra de ficción. Los personajes, hechos, instituciones y situaciones descritos pertenecen al ámbito literario.

A mi mujer y a mi hijo, lo más importante que tengo
en el mundo.

Gracias por todo lo que hacéis por mí con tan solo
estar a mi lado.

Las personas grandes nunca comprenden nada por
sí solas y es muy aburrido para los niños tener que
darles una y otra vez explicaciones.

Antoine de Saint-Exupéry

Las víctimas sugieren inocencia. Y la inocencia, por
la lógica inexorable que gobierna todos los términos
emparentados, sugiere culpabilidad.

Susan Sontag

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	15
CAPÍTULO 1	17
CAPÍTULO 2	43
CAPÍTULO 3	59
CAPÍTULO 4	77
CAPÍTULO 5	101
CAPÍTULO 6	119
CAPÍTULO 7	137
CAPÍTULO 8	149
CAPÍTULO 9	167
CAPÍTULO 10	179
CAPÍTULO 11	199
CAPÍTULO 12	211
CAPÍTULO 13	227
CAPÍTULO 14	243
EPÍLOGO	273
SOBRE EL AUTOR	275

INTRODUCCIÓN

Si todo crimen merece condena, aquel que se comete contra un niño deja una herida imposible de cerrar.

Vivimos tiempos en los que muchos han convertido el «todo vale» en una forma de vida. Drogas, armas, personas, órganos, violencia, imágenes prohibidas, cuerpos reducidos a mercancía: todo puede comprarse cuando el dinero sustituye a la conciencia.

Operación: Santos Inocentes pertenece al territorio de la ficción policíaca. Sin embargo, como ocurre tantas veces, la ficción se alimenta de sombras muy reales. La llamada web profunda, los mercados ilegales y las redes que comercian con la vulnerabilidad humana forman parte de un mundo que preferimos no mirar de frente.

Esta novela no pretende reproducir hechos concretos ni señalar personas reales. Sus personajes y situaciones pertenecen al ámbito de la imaginación. Pero sí quiere recordar algo incómodo: a veces la realidad no necesita exagerarse para parecer monstruosa.

El autor.

CAPÍTULO 1

Concia regresó a Asturias para descansar.

Aún no sabía que, en los montes que rodeaban su pueblo, alguien estaba haciendo desaparecer niños.

La carretera serpenteaba entre árboles húmedos, prados oscuros y una niebla baja que parecía salir de la tierra. Al otro lado de las montañas, el Cantábrico rugía como una memoria antigua. Hacía más de catorce años que Concepción Suárez Márquez, inspectora de Interpol y «Concia» para todos los que la habían visto crecer, no volvía a casa con intención de quedarse.

Venía agotada. Venía a recuperar silencio. Venía, o eso quería creer, a reconciliarse con una tierra que nunca había terminado de soltarla.

Asturias conservaba intacto ese modo antiguo de abrazar y advertir al mismo tiempo. La tradición oral de sus pueblos seguía poblada de Xanas, Nuberus, Trasgus y Busgosus; criaturas que la abuela Marina había invocado en la niñez de Concia para dormirla, asustarla y protegerla en una misma frase.

La abuela le hablaba de las Xanas de agua dulce como si fueran vecinas secretas de los ríos: pequeñas, hermosas, rubias, ocupadas en hilar oro y plata dentro de cuevas escondidas. En la mañana de San Juan, decía, podían verse jugando junto a las fuentes, y a veces recompensaban a algún pastor con tesoros que nadie debía contar.

Pero no todo iba a ser de sabor a miel, las “Xanas” también tenían su aspecto negativo, su historia negra. Podían tener hijos, los “xaninos”, criaturas pequeñas y muy peludas, que en muchas ocasiones eran cambiadas por niños de los pueblos cercanos, cuyas madres se encontraban al despertarse e ir a dar de mamar a su hijo con una de estas bestias peludas en lugar del vástago que la noche anterior había depositado en la cuna; la “Xana” madre lo había cambiado. Entonces comenzaba la búsqueda desesperada de la madre por encontrar

a la “Xana” que le había robado su hijo y poder recuperarlo.

Ya de mayor, Concia entendió que se trataba de una deformación de un mito celta, que la tradición oral había transformado en una especie de cuento, pero que, en su época infantil, cuando llegaba el momento de oír el relato de lo que la madre descubría en el capazo de su niño, Concia se tapaba la cabeza con la sábana y las mantas y no volvía a sacarla hasta que su abuela la destapaba para darle un beso y le decía...

—Pero tú estate tranquila que la abuela pasará toda la noche despierta a tu lado por si a alguna “Xana” se le ocurre aparecer por aquí con su peludo hijo.

La abuela la cogía de la mano, acariciaba sus cabellos, y a los pocos minutos estaba dormida como un tronco.

La entrada en una zona arbolada, con vegetación alta a ambos lados de la carretera, la llenó de sombras, incluso en algunos momentos le parecía ver imágenes fantasmagóricas que cruzaban la carretera como sombras vivas, tal vez fuese alguna de aquellas “Xanas” a las que hacía mención su abuela o algunos de los “Xaninos” que al enterarse de su regreso querían darle la bienvenida, pensó añorando los tiempos vividos en su infancia mientras su rostro enmarcaba una amplia sonrisa.

El suelo deslizante por la humedad que caía de los árboles y las hojas que se depositaban sobre él, hicieron que Concia redujese sensiblemente la velocidad, algo que le permitió todavía más adentrarse en sus recuerdos de infancia al poder relajar su atención sobre la conducción. Recordaba las carreteras por los prados, la recolecta de las manzanas en las pomaradas y el olor en la fábrica de sidra de sus padres. Recordaba el ordeñar las vacas y el sabor de la leche espesa con gruesa nata que su abuela y su madre le preparaban cada mañana en un tazón antes de ir a la escuela. Todos estos pensamientos se mezclaban con un horizonte verde de prados en los que podían verse las vacas pastando, esplendorosas cumbres altivas como torreones que defendieran en su día de invasiones extranjeras a los bravos astures, algunas de ellas aún cubiertas de nieve a pesar de la proximidad del verano.

Pequeñas agrupaciones de casas aquí y allá de las que se sabía estaban habitadas por la blanca columna de humo que se elevaba hasta el cielo procedente de los hogares. Las lindes en las laderas de la carretera, eran señal inequívoca de que se estaba acercando a zonas habitadas y el murmullo de las aguas de río Nalón, casi apagado por el ruido del motor del coche, eran la señal que permitía suponer que su destino estaba cada vez más cerca.

No obstante, y a pesar de los recuerdos que afloraban como una película de cine proyectada en su mente, Concia mantenía atenta la mirada a la carretera, había algo extraño, era como si las sombras de los árboles tejiesen una extraña red que fuese aprisionándola hacia adelante según el coche avanzaba, era como si los extraños personajes de los cuentos de la abuela: “El Culebre”, serpiente alada que vivían en las simas y sus silbidos, según contaba la tradición celta relatada por la abuela Marina, se oían a gran distancia, estuviese silbando ahora, produciendo una especie de tapón en sus oídos, a la vez que “El Nuberu”, personaje mítico señor de las nubes, fuese cubriendo el cielo empujando la nube en el camino que seguía el coche de Concia, al igual que “El Trasgu” cojo y con su mano agujereada, cruzase de un lado al otro de la carretera sin que Concia apenas lo viese, pero sintiendo la evidencia de su presencia cercana o “El Busgosu”, señor del bosque que se empeñaba en mover la ramas de los árboles de un lado al otro proyectando mil sombras en el camino, e incluso las “Xanas”, se hubiesen aliado para poner sobre aviso a Concia de que algo extraño, poco usual y desde luego nada tranquilizador estaba sucediendo en la comarca. Todos la avisaban para que estuviese ojo avizor, para que tuviese cuidado...

Al poco rato, las primeras casas del pueblo comenzaron a dibujarse en el horizonte. Concia no podía ver todavía su casa, bueno la casa de sus padres, en la que iba a pasar estos días, pero las primeras, blancas y con sus tejados rojos de pronunciadas vertientes para que la lluvia se deslizase por ellos sin dificultad, le ponían sobre aviso de que el final de su viaje estaba próximo.

La pequeña ermita de arquitectura románica quedaba a mano derecha a casi un kilómetro de la entrada del pueblo. En ella se veneraba una imagen de la Santina a la cual las gentes del lugar atribuían alguna que otra curación milagrosa, así como la intercesión en algunos asuntos, sobre todo matrimoniales, de sanación del ganado y de buenas cosechas. Sea como fuere, era muy venerada y sacada en procesión en el día de la fiesta grande del pueblo.

Una vez pasadas las primeras casas, y en un trayecto muy corto, aparecía la plaza del pueblo, destacaban en ella los soportales para resguardarse de la lluvia y la iglesia de un blanco casi inmaculado sobre la que resaltaban los tejados de un rojo intenso y profundas vertientes para descargar el agua en los canalones que saltaban a mitad de la pared y ponían perdido de agua al que por allí pasaba un día de lluvia si no era conocedor de tal eventualidad y se andaba con mucho cuidado.

Nada más pasar la plaza del pueblo, apareció la casa de sus padres. Una lágrima pugnó por aflorar a sus ojos pero apretó las manos con fuerza sobre el volante y la reprimió. Entonces sí que se alborotaron los recuerdos de su infancia, los juegos en la calle con los compañeros, las “peyas” para ir de merienda al campo o en la proximidad del verano al río a bañarse, incluso tuvo un recuerdo para ese primer amor que no llegó a ningún sitio, sobre todo porque recordaba a aquel chico enamorado de ella, que le cortaba y llevaba flores, que le regalaba lapiceros de colores, con los mocos colgando de su nariz durante todo el invierno y el rechazo que le producía esa imagen a pesar de ser guapo y amable con ella.

Cuando ya había detenido el coche, la voz de una vecina, la sacó de sus pensamientos trayéndola de nuevo a la realidad...

—Señorita Concia, no sabe lo que me alegro de que esté de nuevo con nosotros aunque sea tan solo por unos días —indicó la buena señora mientras se acercaba remangando el delantal hacia un lado y pasando un pico del mismo sobre el atadero, dejando al descubierto la falda negra que llevaba

debajo de la ropa de faena.

Concia bajó del coche y casi sin tiempo de estirar su cuerpo, se aproximó a la vecina que la esperaba con los brazos abiertos para besarla, acariciarle la cara como lo hacía de pequeña y reprocharle lo olvidados que los tenía, así como lo delgada que la encontraba, eso era señal de que comía muy poco y mal, ya que en la capital no saben comer más que basura, pero en los días que iba a estar con ellos, ya se encargaría ella de que comiese buenos chuletones para ponerse bien lozana.

—Ya me avisó su hermana de que venía hoy, de modo que hace una semana que llevo ventilando y limpiando la casa de sus padres para que se la encuentre en perfecto estado, como si ellos estuviesen con nosotros —señaló mientras se santiguaba en señal de respeto y un escalofrío recorría la espalda de Concia al evocar la memoria de sus progenitores.

—Se lo agradezco Bernarda, se lo agradezco de verdad, pero no tenía que haberse molestado tanto. Yo tan solo necesito una habitación, mi habitación, en la que poder descansar, el resto de la casa ya lo hubiésemos ido limpiado entre las dos poco a poco —indicó Concia con un gesto de agradecimiento hacia la labor de la vecina que había trabajado en la casa cuando vivían sus padres y era como de la familia.

—Bueno, pues tenga la llave y sea bienvenida, ya sabe que nos tiene a su disposición para lo que necesite, Marcial ha dejado algo de leña picada en la chimenea, ya que las noches todavía son frescas, no hay más que ver que la nieve sigue en la montaña, pero si necesita más, mañana pasará el chaval y le cortará la que necesite —señaló la vecina mientras le alargaba una enorme llave de hierro que pesaba lo suyo y que sin duda encajaría perfectamente en el enorme agujero de la cerradura de aquel portón que daba acceso a la vivienda.

Concia sacó poco a poco la maleta de la parte trasera de su coche, la puso en el suelo y tirando de ella, sobre unas rue-

das que de muy poco servían en el suelo empedrado por el que se accedía a su casa, se dirigió a la puerta llave en mano para tomar posesión de aquel caserón, que otrora se mostrase cálido y lleno de vida con el corretear por los pasillos de Concia y su hermana mayor, pero que hora aparecía frío, distante y casi fantasmal a pesar de que como pudo comprobar nada más dar la luz, Bernarda se había esmerado en la limpieza y lucía todo como si nunca hubiese estado cerrado por tanto tiempo.

Ya en el interior, cerró la puerta tras de sí que crujió emitiendo una especie de lamento quejumbroso como si el paso del tiempo sin moverse le hubiese propiciado una especie de artrosis que ahora le causaba un verdadero dolor al abrir y cerrar teniendo que girar sus hojas sobre unos goznes un tanto oxidados.

Giró lentamente sobre sí para traer todos los recuerdos a su mente, incluso los olores del recuerdo se intensificaron al cerrar los ojos y escuchar en su mente los pasos de su madre en las escaleras de madera, haciendo crujir cada travesaño mientras le decía... ¿Concia, has llegado por fin...?

Una sacudida de su cabeza la hizo volver a la realidad. Se encaminó hacia el primer piso en busca de la que iba a ser su habitación, de hecho, lo había sido siempre y pudo comprobar nada más abrir la puerta que había cambiado muy poco su aspecto, luciendo sobre los estantes algunas de las muñecas de su infancia y colgando de las paredes aquellos cuadros que la habían acompañado en su niñez.

Dejó apoyada la maleta sobre una silla y abrió el armario. De nuevo un vaho de nostalgia emanó de aquel interior tanto tiempo sin ventilar, que la llevó a aquellos vestidos de su niñez y juventud. Recordó con cariño las veces que su hermana y ella intercambiaban su ropa, mientras iba extrayendo de la maleta las diferentes prendas que había traído y las colocaba adecuadamente en perchas para que se estirasen del plegado al que habían estado sometidas durante su viaje desde Madrid. Cuando terminó se tumbó un momento sobre la cama, aquella cama altísima con cabecero de metal y unos muelles